

## EDITORIAL

# FORMAS DE ENTENDER LA SEMANA SANTA

**S**in menoscabo del debido reconocimiento al origen de las celebraciones pasionales, obligadamente encuadrado en el sentir religioso y -por qué no decirlo- también en su secular instrumentación eclesial como una forma instructiva y catequizada de acercar al pueblo la religión en general y el drama de la Pasión en particular, justo es reconocer que, con el correr de los tiempos, la Semana Santa, y más concretamente, su representación, su puesta en escena en las calles, a través de Vía Crucis, procesiones y otros ritos, es recibida, asimilada y reinterpretada por el ciudadano de muy diversas y particulares formas, entre las que podríamos destacar, de forma genérica y, por tanto, limitativa, algunas de ellas.

Quizá la que más predomine en estos tiempos que corren sea la festiva, la lúdica, aquella que asocia la Semana Pasional no más que con unos días de asueto y un espectáculo callejero -sin que deba entenderse como peyorativo tal calificativo- más o menos lucido de flores, imágenes espectaculares, tronos brillantes y música. Otra, seguramente más intensa e interiorizada, sería la que observa el drama desde el aspecto humano o, si se quiere, social: la muerte de un hombre, de un cabecilla que, en su momento, abanderó una auténtica revolución, una revuelta pacífica al estilo de líderes más modernos como Ghandí o Luther King. No conviene olvidar aquel colectivo que entiende los cortejos pasionales como una exuberante representación plástica y estética, un auténtico espectáculo andante, pleno de rituales ancestrales y estudiadas coreografías. También está el sector poblacional -ciertamente, cada vez más escaso- que entronca la Semana Santa directa e ineludiblemente con sus propias creencias, dentro de un "estilo de vida" que enhebra la Navidad, la Cuaresma, el Corpus y otras celebraciones religiosas que, de alguna forma, dan sentido a su vida y la vertebran con unas normas de conducta moral que rigen su devenir cotidiano, su actividad diaria.

Luego, hay otro corpúsculo social, quizá en exceso visceral pero ciertamente numeroso, cuyas razones para explicar su adición a la Semana Santa serán difusas, un punto irracionales y a lo mejor con poco fundamento, digamos, "intelectual": son aquellos que



basan su vinculación con estos rituales en la "tradición", en la herencia familiar y en una identidad -o identificación- con su propias raíces, con aquello que han visto desde siempre y cuyo sentir les ha sido inculcado desde la cuna.

Si a todo esto añadimos que una gran parte de individuos beben de varias de estas fuentes, es decir, que sienten su implicación con los actos pasionales desde perspectivas diversas, desde diferentes puntos de entendimiento y sentimiento como los expuestos, habremos logrado provocar en el lector -sobre todo, si éste es profano en la materia- una muy considerable confusión al respecto, lejos sin duda de nuestra inicial intención clarificadora.

En cualquier caso, poco importa todo lo antedicho; es imposible descender al terreno de la lógica, de lo

plausible o lo empírico para desmenuzar e interpretar lo que la Semana Santa representa para cada individuo o cada colectivo. Quizá debamos dejarnos llevar por nuestras sensaciones, por las vibraciones que en nosotros producen esos cortejos, esos desfiles llenos de aroma, color y sonidos peculiares. Un auténtico festín para los sentidos. Sólo así encontraremos nuestro sitio dentro de estas celebraciones pasionales, nuestra propia e intransferible manera de abordar, desde cualquiera de los rincones del alma, el terrible drama de la muerte del Hijo del Hombre.

**Carlos García Valverde**